

Imperiosa renovación generacional

SE ha abundado bastante sobre los errores o las insuficiencias, tanto de la autoridad política como de los sectores partidistas, que confluyeron en el fracaso de la apertura política 1983-1984.

Sin embargo, en este período de ineludible reflexión, creo oportuno enfatizar un aspecto muy preciso. Se trata de la imperiosa renovación generacional que es menester incentivar al interior de los diversos grupos del espectro político.

Resultaría absurdo e inútil que algunos persistiesen en negar que el país ha experimentado en el último decenio una muy profunda evolución. Independientemente de los juicios de valor que cada cual formule respecto de sus diversas facetas, esa evolución está presente como un hecho macizo del cual no tiene sentido ni viabilidad desentenderse.

La mayor cultura generalizada en torno a los problemas económico-sociales; la conciencia del impacto que la revolución científica y tecnológica tendrá crecientemente en nuestro destino nacional; el hastío frente a cualquier atisbo de la vieja retórica

hueca o ramplona que dominaba nuestro escenario político hasta 1973 y, en fin, los efectos de las transformaciones impulsadas en la última década dentro de los más variados campos de la vida nacional, son algunos ejemplos que grafican la nueva realidad o la nueva temática que el país espera ver reflejada en la actividad política.

FRENTE a ello caben las más variadas posiciones. Pero lo que la opinión pública no acepta es la pretensión de reeditar esquemas, enfoques y estilos que ya se agotaron hace más de once años y que no sintonizan con los desafíos actuales y futuros.

Se ha convertido casi en lugar común señalar que el país reclama una profunda renovación política. Pero también se comprueba como una evidencia generalizada que, salvo ciertas manifestaciones excepcionales, el grueso de los sectores políticos se ha demostrado hasta ahora incapaz de plasmarla.

Considero que gran parte de ello



obedece a la escasísima renovación generacional de los conductores políticos. La mayoría de ellos son los mismos de hace más de diez años. Y no es que no existan valiosos exponentes más jóvenes en las distintas tendencias. Lo que sucede es que, en general, la vieja guardia política se aferra excluyentemente a sus posiciones de preeminencia, y a las nuevas generaciones les suele faltar el arrojo necesario para disputársela.

No pretendo, por cierto, desconocer el valioso aporte que los hombres públicos con experiencia pueden y deben prestar al cuadro actual. Por lo

demás, la capacidad de renovarse no es patrimonio de determinadas edades ni está vedada a los mayores. No apunto, pues, a replantear manidas querellas generacionales.

NO obstante, si en 1973 se derrumbó todo un sistema político, sería absurdo aspirar a que una democracia renovada emerja de los mismos dirigentes que entonces fracasaron, reaparecidos ahora en bloque y casi con exclusión de figuras gravitantes nuevas y más jóvenes.

En ese esquema, forzosamente prevalecerán los viejos y gastados temas, criterios o estilos previos a 1973, porque los actores de entonces que se han renovado constituyen una minoría dentro de ese conjunto. La mayoría de ellos persiste marcada por los moldes superados en que se formó y destacó.

De ahí que estimo que no habrá en Chile la renovación política que se necesita sin una sustantiva renovación generacional de sus dirigentes. Requisito no suficiente, pero sí necesario, para una futura democracia moderna, eficiente y estable.